

RESEÑAS

JOSE FERRATER MORA. *Cambio de marcha en filosofía*. Madrid: Alianza, 1974. 221 pp.

Con el estilo claro y sobrio que le conocemos, Ferrater Mora nos introduce en esta obra al corazón del debate filosófico contemporáneo, según está determinado por la presencia multiforme pero insoslayable de la filosofía analítica. Surgida ésta a comienzos de siglo en el Cambridge de Russell y Moore y la Viena de Mach y Schlick, se desarrolla y consolida *entre deux guerres* en Austria, alguna que otra universidad alemana (Münster) y países como Polonia y Finlandia que pudieran considerarse filosóficamente periféricos. La emigración forzada de casi todos los analistas de habla alemana a los Estados Unidos en los años treinta trae consigo el triunfo de esta manera de filosofar en ese país, cuya incontrarrestada preponderancia cultural desde 1945 asegura la penetración del análisis filosófico, a la zaga de Kodak y Coca-Cola, por todos los rincones del planeta. Instalado desde fines de la década del cuarenta en el centro mismo de la región intelectualmente más activa de Norteamérica, Ferrater Mora ha podido seguir de cerca el flujo y reflujo de la manera analítica. Lector voraz, ha llegado a conocer a fondo la vasta y muy variada literatura de este movimiento intelectual.

La filosofía analítica nace con el programa de crear una filosofía que tenga la objetividad que supuestamente posee la ciencia; un saber que se vaya edificando poco a poco, por la contribución modesta pero incesante de sucesivos investigadores, y que perdure más allá de sus vidas, a diferencia de esos castillos de naipes erigidos, parecería, más para gloria propia que para instrucción ajena, por Lotze y Cohen, Renouvier y Spaventa, Bradley y Royce, y tantas otras luminarias hace tiempo apagadas. Sin embargo, en lo que va corrido del siglo XX, debido en parte a cierta necesidad interna en el desarrollo de sus temas, en parte a la inquietud intelectual y agudeza crítica de algunos de sus representantes y a la inercia y rigidez de otros, en parte, quizás, por último, al deleite que los hombres hallan naturalmente en la variedad, la filosofía analítica se ha ido complicando y diversificando hasta llegar a constituir un movimiento por lo menos tan abigarrado y faccioso como el idealismo decimonónico que quiso sustituir. La primera parte del libro que comentamos (pp. 9-95),

destinada a caracterizar el análisis como un estilo filosófico, exhibe en un vasto mosaico toda una serie de temas y problemas y tendencias que han dominado el quehacer analítico en los últimos quince o veinte años. El texto de Ferrater Mora, erudito y lleno de atinadas observaciones críticas, se ramifica en largas e interesantísimas notas, en las que comenta a tal o cual autor reciente. La casa editora del libro ha reunido al final (pp. 213-220) una lista de los libros y ensayos a que el autor se refiere a lo largo de la obra; por desgracia, esa lista contiene numerosos errores, algunos de los cuales —como la atribución a Paul Feyerabend de *Conjectures and Refutations* de Popper y a R. M. Hare de un conocidísimo ensayo de Feyerabend— muestran que, quizás por ahorrar unos duros, la tarea de compilarla no le fue encomendada a un profesional. Confiamos en que esos errores sean subsanados al reimprimirse el libro. Sería útil también indicar junto a cada obra la página o páginas en que se las comenta, a fin de que esta lista preste el servicio de una bibliografía anotada o guía de la literatura analítica actual.

La segunda parte del libro (pp. 97-117) define y examina cuatro actitudes que cabe adoptar ante el giro analítico de la filosofía. Consisten en:

1. Descartarlo por entero como un modo inadecuado, o infecundo, de hacer filosofía, ya sea dándose por no enterado, o embistiendo contra él a ciegas e inventándole de paso atributos que no posee.

2. Adoptar alguna de sus variantes para trabajar en ella minuciosamente, sin poner en duda los supuestos en que pueda fundarse ni considerar otros problemas que los que de ella surjan.

3. Considerar el giro analítico como un modo de filosofar “parcial”, acaso interesante, pero, en última instancia, “negativo”, que debe “superarse”, absorbiéndolo en un giro estimado “superior” o “más amplio” o situado a un “más alto nivel”—, con lo cual se podrán aprovechar algunos de sus métodos o resultados, a modo de una sirvienta útil, pero que se despacha tan pronto como no obedece a la voz de mando.

4. Asumirlo críticamente sean cuales fueren las transformaciones a que ello dé lugar. (p. 97).

Las dos primeras actitudes son obviamente inaceptables, la primera “porque el giro analítico nos ha acostumbrado a estar continuamente alertas a preguntas en las cuales conviene no quedar atascado, pero que no hay más remedio que desembrollar si se quieren evitar confusiones innecesarias” (p. 98); la segunda porque, “en la medida en que la crítica, incluyendo la autocrítica, es un ingrediente fundamental

del análisis filosófico”, el bizantinismo imitativo en que dicha actitud redundante es en verdad bien poco analítico (p. 101). Ferrater Mora rechaza también la tercera actitud, que parece asimilar a la adoptada por él mismo en obras anteriores, pues intercala, a propósito de ella, una breve autocrítica de su filosofía integracionista (pp. 104-111). La justificación de este rechazo es más sutil y da lugar a una discusión más larga. Podemos resumirla así: Se puede “superar por absorción” (*aufheben*) a una teoría T, proponiendo una teoría T' que comprende a T como un caso particular, o una especificación, o una primera aproximación. Pero un giro o estilo filosófico G no puede ser “superado” de este modo por otro giro o estilo G'. “En lo que toca a giros filosóficos, es más aceptable una pluralidad, sean o no complementarios. Lo que cabe hacer entonces es ver qué posibilidades tiene un determinado giro, qué argumentos pueden darse en favor de él, qué hace o no hace, etc., y decidir en consecuencia. Un giro filosófico será tanto más aceptable cuanto más o fondo pueda ser criticado por sus propios medios. Paradójicamente, no habrá entonces razón para abandonarlo, aunque la haya para transformarlo.” (pp. 133 s.). Esta última posibilidad es contemplada abiertamente por Ferrater Mora, cuando hace suya la cuarta actitud. La transformación cabal de la filosofía analítica desde dentro puede hacerse de tres maneras: “Por una parte, se trata de continuar extendiendo los modos de pensar analíticos, de suerte que se abran caminos nuevos . . . Por otra parte, se trata de atender a cuestiones que con frecuencia se plantean . . . fuera de la filosofía — . . . en las ciencias, en las artes, . . . en la “práctica” humana—. Estas cuestiones pueden ser tratadas analíticamente, variando cuanto sea menester los métodos usados para afrontarlas. En el curso de este tratamiento puede verse si los modos de pensar propugnados por otros giros filosóficos sirven para ampliar los horizontes del giro analítico y hasta si, o en qué medida, pueden ser complementarios de éste. Finalmente, se trata de seguir explorando los propios supuestos del giro analítico dentro de una orientación racional y crítica”. (pp. 115 s.). Ferrater Mora compara la actitud propuesta con la empresa de reparar un bote en marcha. “Según la conocida imagen, puede irse reparando el bote sin necesidad de detener la navegación. Lo único que puede ocurrir es que haya que cambiar a veces de rumbo”. (p. 118).

La tercera parte (pp. 119-210) estudia las bases de un programa de investigación filosófica ceñido a esta actitud. Consciente de la tendencia anglosajona actual a restaurar la metafísica, apellidándola “descriptiva” o “analítica”, el autor examina primero las condiciones bajo las cuales es lícito desarrollar una actividad filosófica que lleve

ese nombre. Halla que las cautelas que hay que emplear son tantas y tan grande el riesgo de malentendidos “que lo mejor es cortar por lo sano y mandar al desván —o por lo menos, poner en cuarentena, esperando ver qué pasa— la palabra *metafísica*. Y también *anti-metafísica*, claro”. (p. 131). Para caracterizar los temas y problemas insoslayables que algunos creen oportuno agrupar bajo la palabra *metafísica*, le parece bueno a Ferrater Mora el vocablo *ontología*. Siempre que no se entienda en el sentido de Heidegger o de los existencialistas franceses, ni mucho menos en el de sus epígonos. Nada pues de “la grieta del ser”, ni de “ceguera ante el Ser”. El uso de *ontología* propuesto en este libro excluye además “cualquier aspiración a constituir ninguna disciplina básica, ninguna “filosofía primera”, con principios o reglas destinados a orientar las “filosofías segundas” y, en particular, las ciencias”. (p. 134). Esta declaración de modestia filosófica hace comprensible la desconfianza con que nuestro autor mira al término *metafísica*, pues éste, en toda la variedad de sus usos históricos, ha envuelto siempre la pretensión de constituir una *philosophia prima*, ya sea que verse sobre la raíz del árbol del conocimiento o sobre el subsuelo del cual se nutre, ya se le encomiende expresar el contenido de nuestro alegado saber universal y necesario acerca del ente como tal y en su conjunto o bien investigar las condiciones de posibilidad de tal saber, etc. Pero, modestia aparte, no me parece tan fácil conducir una reflexión ontológica que deponga de hecho, y no sólo de palabra, toda pretensión de primacía. Pues quien discurre sobre conceptos básicos y marcos conceptuales —y no sólo con un propósito descriptivo, sino, como quiere Ferrater Mora, también con uno crítico y de “revisión conceptual” — hace, quiéralo o no, *philosophia prima*, aunque luego ocurra que nadie acata sus conclusiones y no logra modificar ni el más mínimo hábito de pensamiento o de lenguaje.

Después de examinar las relaciones entre ontología y semántica, el autor señala tres “operaciones” propias del pensamiento ontológico, que luego generaliza y extiende *mutatis mutandis*, a la filosofía en general.

Tenemos entonces tres maneras de hacer filosofía.

1. Pueden examinarse expresiones usadas y conceptos puestos en circulación en las ciencias formales, naturales y sociales, en la moral, la política, el arte y, por lo general, en toda actividad humana, con propósitos de aclaración y dilucidación.

2. Puede hacerse lo propio con propósitos de crítica.

3. Puede hacerse lo propio con propósitos de revisión conceptual.

(p. 151).

Ferrater Mora llama *teoría filosófica* al conjunto de estas tres operaciones (p. 156). A propósito de ella y de sus relaciones con otros géneros de actividad humana, se examinan en las últimas cincuenta páginas del libro una serie de cuestiones de capital importancia: la índole del progreso en filosofía; las tendencias opuestas, pero complementarias, a la unidad teórica y la pluralidad teórica, en la ciencia y en la filosofía; la cuestión de si la filosofía, la ciencia, la moral, el arte, etc., son "auto-contenidos" o "hetero-contenidos", que Ferrater Mora describe como el problema de "la relación entre lo que en el curso de estas actividades se sostiene —sean enunciados teóricos, normas, programas, etc.— y lo que latamente llamaré *experiencia*" (p. 176); la cuestión, por último, de la autonomía o heteronomía de estas mismas actividades, esto es, de "si se puede o no dar cuenta de la formación, desarrollo y estructura de cada una de ellas 'separadamente', sin tener en cuenta factores, elementos o contextos 'ajenos' ". (p. 187). Es imposible resumir aquí la posición muy matizada que adopta el autor con respecto a estos temas. La exposición de su pensamiento viene ilustrada con numerosos ejemplos, tomados del debate filosófico contemporáneo, que son materia de observaciones finas y originales. Citemos una sola a modo de muestra: Hablando de los pares autocontención-heterocontención, autonomía-heteronomía, a propósito de las ciencias naturales, señala Ferrater Mora que los partidarios de una ciencia "hetero-contenida", cuyo teorizar está sometido a los dictámenes de la observación, logran asegurar la autonomía del quehacer científico, concebido como interacción de teoría y experiencia; en cambio, quienes defienden una ciencia "auto-contenida", mostrando cómo el dato empírico más humilde está impregnado de teoría, acaban sacrificando la autonomía de la ciencia, subordinando su devenir a los oscuros resortes de la psicología del investigador (Kuhn; pero mucho antes que él, Bachelard) o a los vaivenes del contexto social (Feyerabend).

Roberto Torretti

RAUL A. ORAYEN. *La Ontología de Frege*, Cuadernos No. 3 y No. 4 del Instituto de Lógica y Filosofía de las Ciencias, Universidad de La Plata, 48 pp. y 29 pp. (no se indica lugar ni fecha de publicación).

Pese a su brevedad estos cuadernos merecen ser reseñados pues

contienen una valiosa presentación de las concepciones ontológicas de Frege. Como es sabido, lo que en último término le interesaba a Frege era la fundamentación de la aritmética, empresa que le llevó a reformar la lógica y a esbozar una teoría del significado. Sin embargo, como señala Orayen, "su semántica y su filosofía de las matemáticas contienen toda una ontología, si entendemos que una ontología es, esencialmente, un intento de realizar el inventario y descripción de las principales categorías de entidades que pueblan el universo" (No. 3, p. 5). Frege mismo jamás intentó ofrecer una exposición sistemática de esa ontología. De allí el interés que despierta una investigación como la que estamos examinando.

Orayen divide su trabajo en cuatro partes. La primera describe a grandes rasgos las características más generales de la ontología de Frege: su motivación, la elección de sus entidades primitivas, su platonismo. La segunda analiza en detalle los conceptos básicos de Frege que entran en juego en su ontología. Esta parte culmina con un catálogo de entidades admitidas por la ontología de Frege y con una exposición de la paradoja que utilizó Russell para demostrar la inconsistencia del sistema. La tercera parte discute la noción de *Wertverlauf* o curso del valor, señalando la incoherencia de algunas interpretaciones usuales de este concepto. Por último se expone la paradoja semántica expresada en el dictum fregeano de que "el concepto *caballo* no es un concepto". Un capítulo de observaciones finales y una bibliografía de obras citadas en el texto cierran el cuaderno No. 4. Esta última confirma una sospecha que se cierne ya durante la lectura: que el autor estudia a Frege a través de las traducciones al inglés y no directamente en los originales alemanes. Este defecto metodológico trae consigo consecuencias negativas en algunos puntos que señalaré más adelante. También se echa de menos en la bibliografía la edición de los escritos póstumos de Frege, *Nachgelassene Schriften*, Hamburg: Felix Meiner Verlag, 1969 (cf. *Diálogos* 23, 1972, pp. 187-190). El conocimiento de los inéditos probablemente habría llevado al autor a modificar su posición en algunos puntos importantes. Al no señalarse el año de publicación de estos cuadernos es imposible saber si los inéditos no fueron consultados por negligencia o porque éstos aún no habían aparecido.

Señalaré primero algunos defectos terminológicos. Al depender Orayen de las traducciones al inglés es natural que haya adoptado (No. 3, pp. 36, 39, 43) la palabra castellana "idea" donde el original tiene "*Vorstellung*". Pero si bien la palabra inglesa "*idea*" se usa normalmente para identificar representaciones psíquicas y subjetivas, la palabra española no denota usualmente algo intramental y la

empleamos a menudo como sinónimo de “concepto”. De aquí podrían derivarse malentendidos, pero probablemente un lector alerta sabrá evitarlos con facilidad. Más seria me parece en cambio la tendencia del autor a utilizar la palabra “nombre” de una manera no fregeana. Orayen habla de “nombres de funciones” y “nombres de conceptos” (v.g. No. 3, pp. 39-40) y el lector se ve fácilmente inducido a establecer la siguiente analogía: así como los nombres propios sirven para identificar ciertas entidades llamadas objetos, así también los nombres de funciones servirían para identificar otras entidades análogas llamadas funciones. Pero esto borra de plano la importante diferencia que hay entre la semántica de los sujetos y la de los predicados (a éstos corresponde, por cierto, una sub clase de las funciones: los conceptos). Un predicado no tiene como misión el identificar algo y por eso no es en rigor un nombre, en el sentido usual de esta expresión. Es ésta la razón que lleva a Frege a ser muy cuidadoso en su terminología. Si bien es cierto que emplea ocasionalmente la expresión “nombre de función”, “*Funktionsname*” (*Nachgelassene Schriften*, p. 129), cuando procura expresarse con máxima precisión, e.g. en un trabajo destinado a la publicación como *Funktion und Begriff* (cf. pp. 8 y 9 = *Kleine Schriften* ed. Angelelli, pp. 129-130), evita hablar del nombre de la función, empleando en cambio el giro “expresión de la función”, “*Ausdruck der Funktion*”. Lo que ciertamente no hace Frege es llamar a los predicados “nombres de conceptos” (cf. Orayen, No. 3, p. 40). Para ellos acuña la expresión “palabra de concepto”, “*Begriffswort*” (e.g. *Grundlagen* Par. 51: “*Ueber Begriff und Gegenstand*”. pp. 194-195 — Angelelli 168-169; *Nachgelassene Schriften*, pp. 128-136).

Veamos ahora algunos puntos de contenido. Orayen sostiene (No. 3, pp. 23-24) que para Frege “ $x^2 - 4x$ ” y “ $x(x - 4)$ ” representarían funciones distintas. “Esto equivaldría, continúa nuestro autor, “a rechazar, de un solo golpe, el criterio de identidad usual de funciones y la llamada extensionalidad de las funciones”. Se pregunta luego “¿cuál es, entonces, el criterio de identidad de funciones para Frege?” Y responde: “Frege nunca lo especifica”. Me parece divisar aquí un error de importantes consecuencias. En la *Ideografía* de Frege la identidad es concebida como una relación de primer orden, por lo tanto está definida sólo para objetos y no para funciones ni, *a fortiori*, para conceptos. Frege lo dice explícitamente: “im eigentlichen Sinne findet nämlich diese Beziehung (sc. die Gleichheit) bei Begriffen nicht statt” (*Rezension: Husserl, Philosophie der Arithmetik*, p. 320 nota 2 = Angelelli, p. 184). Sin embargo Frege admite que entre funciones y entre conceptos se puede definir

una relación de segundo orden análoga a la identidad entre objetos. Para ésta sí que define un criterio y el criterio *es extensional*. En la reseña a la *Filosofía de la Aritmética* de Husserl, después de establecer que todas las definiciones matemáticas son extensionales y de iluminarlo con un ejemplo, Frege agrega “das Zusammenfallen des Umfangs ist hinreichendes und notwendiges Kennzeichen dafür, dass zwischen den Begriffen die Beziehung stattfindet, welche der Gleichheit bei Gegenständen entspricht” (*loc. cit.*). En los inéditos este mismo criterio es aplicado a los predicados utilizando la distinción entre sentido y denotación: “Was zwei Begriffswörter bedeuten ist dann und nur dann dasselbe, wenn die zugehörigen Begriffsumfänge zusammenfallen” (*Nachgelassene Schriften*, p. 133). Lo interesante en este caso es que no se establece una entidad como la denotación de un predicado (de modo análogo a como se indicó que la denotación de un nombre era un objeto), sino que se fija sólo un criterio de identidad de denotación para predicados: dos predicados tendrán la misma denotación si hacen la misma contribución al valor de verdad de las oraciones asertivas que los incluyen, i.e., si pueden ser intercambiados *salva veritate* y esto ocurrirá cuando tengan la misma extensión.

Orayen (No. 4, p. 10), busca apoyar su tesis de que Frege se ve obligado a rechazar la extensionalidad de las funciones aludiendo a una nota de las *Grundlagen* (p. 80) donde Frege admitiría la existencia de conceptos distintos que pueden tener la misma extensión. En realidad Frege menciona allí dos objeciones a su posición. La segunda afirma la no identidad entre dos conceptos con igual extensión, pero Frege insiste en esa misma nota en que ambas objeciones pueden ser superadas y que no las discutirá porque eso lo apartaría de su tema. Además hay que tener presente que los *Fundamentos de la Aritmética* fueron publicados en 1884, vale decir, antes de que Frege precisara su distinción entre sentido y denotación. A la luz de la famosa distinción hay que sostener que dos expresiones de concepto pueden tener la misma extensión (i.e., coincidir en la denotación) sin tener el mismo sentido. Supongamos que todos los animales que tienen corazón tienen riñones y viceversa. “Animal provisto de corazón” y “animal provisto de riñones” serían predicados con la misma denotación (que *no* es la clase de esos animales pues ésta es un objeto, como apunta Orayen) y distinto sentido. Esta diferencia de sentido es lo que hace que el objetante de Frege en las *Grundlagen* y nosotros en el lenguaje natural hablemos de dos conceptos diferentes. Pero bajo el criterio estricto de Frege hay que decir que se trata en ambos casos del mismo concepto, sin olvidar

que “mismo” no significa aquí lo mismo que cuando hablamos del mismo objeto.

Pero ¿qué son los sentidos para Frege?

Existe una tendencia generalizada, a la cual se suma Orayen, a responder esta interrogante diciendo que los sentidos de nombres propios son objetos y que los sentidos de las expresiones de funciones son por su parte funciones.

A mi juicio, se puede mostrar que esto último es insostenible. Volvamos a nuestro ejemplo. En el caso de “animal con riñones” y “animal con corazón” tendríamos, bajo la interpretación que sustenta Orayen, tres entidades: la función que es la denotación de ambas expresiones y luego las dos funciones que constituyen los dos sentidos. Pero estas dos funciones, introducidas para explicar la diversidad de sentido, si realmente son dos, deben diferenciarse no satisfaciendo el criterio fregeano para identidad de funciones. Pero *ex hypotesi* ambas serían satisfechas por los sentido de los mismos nombres de animales. En consecuencia no sirven para explicar la diversidad de sentido con identidad de denotación en el caso de los predicados.

Si se abandona la tesis de que hay sentidos que son funciones y se sostiene que todos los sentidos son objetos, como hace M. Dummett en *Frege: Philosophy of Language* London: Duckworth, 1973, pp 291-294, se generan otras dificultades. Por una parte bajo el criterio estricto de que toda frase encabezada por el artículo definido singular es un nombre propio (“*Über Begriff und Gegenstand*”, pp. 195-196 = Angelelli, p. 170), es cierto que la expresión “el sentido de ‘E’” será un nombre propio y el sentido denotado, un objeto. Pero por otra parte en los inéditos (e.g., p. 275) Frege enfatiza fuertemente la distinción entre el reino de las denotaciones (*das Reich der Bedeutungen*) y el reino de los sentidos (*das Reich der Sinne*), llegando incluso a afirmar que “die logischen Gesetze zunächst Gesetze im Reich der Bedeutungen sind und sich erst mittelbar auf den Sinn beziehen”, “las leyes lógicas son primariamente leyes del reino de las denotaciones y se refieren sólo indirectamente al sentido” (p. 133).

Esto induce a pensar que la distinción ontológica básica de Frege es aquélla entre sentido y denotación y que, por ejemplo, sólo hay objetos estrictamente hablando en el ámbito de las denotaciones pues sólo allí se cumple la ley de Leibniz para identidad de objetos. Una consecuencia de esto es que las categorías de objeto y función serán primariamente categorías dentro del reino de la denotación. A ellas empero corresponde algo análogo en el reino del sentido, tal como en

el nivel lingüístico también existe algo análogo a los objetos y las funciones. Frege menciona la conjunción “y” como un signo que en sí es un objeto pero que al ser usado puede ser llamado no saturado (“*Gedankengefüge*”, p. 39 = Angelelli, p. 381). Sin embargo no es el signo sino obviamente su denotación lo que va a arrojar la conocida tabla de verdad al llenarse sus dos lugares vacíos con variables de proposiciones. La denotación en este caso puede ser definida extensionalmente, i.e. conforme a leyes lógicas precisas, no así el signo o el sentido. No obstante Frege necesita tanto en el nivel lingüístico como en el nivel del sentido algo no saturado, algo análogo a una función para explicar la constitución de la oración y del pensamiento, respectivamente.

A mi juicio, para abordar satisfactoriamente los problemas que genera la noción de sentido es necesario atenerse a las intenciones de Frege. En una nota a un trabajo inédito contra Bierman sobre el concepto de número (*Nachgelassene Schriften*, p. 95) Frege dice lo siguiente: “Die Zahlen entstehen nicht; sie sind ewig. Es gibt nicht eine 4, die aus 2^2 und eine andere, die aus $(-2)^2$ entstanden wäre, sondern “4”, “ 2^2 ”, “ $(-2)^2$ ” sind nur verschiedene Zeichen für dasselbe, deren Verschiedenheit nur die verschiedenen Wege andeutet, auf denen man diese selbe Sache erreichen kann”, “los números no se generan, son eternos. No hay un 4 que se haya generado a partir de 2^2 y otro a partir de $(-2)^2$, sino que “4”, “ 2^2 ”, “ $(-2)^2$ ” son sólo diversos signos para lo mismo, cuya diversidad indica solamente los diversos caminos por los cuales se puede alcanzar esta misma cosa” (el énfasis es del autor de esta reseña). El sentido no parece ser concebido aquí como una nueva entidad que viene a agregarse a las ya conocidas. Me parece que se responde mejor a las intenciones de Frege si se sostiene lo siguiente: en el caso de un nombre propio el sentido no es sino el criterio que ofrece ese nombre para la identificación del objeto que constituye su denotación. “Lucero del alba” y “lucero del crepúsculo” nos inducen a identificar el mismo planeta por dos vías diferentes. En el caso de un predicado, el sentido nos provee un criterio para saber si un determinado objeto cae o no bajo el concepto correspondiente. “Animal con riñones” y “animal con corazón” ciertamente nos proveen dos criterios diferentes para subsumir objetos bajo un mismo concepto, suponiendo como hasta ahora que esos predicados tienen la misma extensión. La no saturación en este último caso se explica porque un criterio de subsunción deja siempre abierto qué es lo que se va a tomar para ver si es subsumible o no. Un criterio de identificación por el contrario debe determinar unívocamente cuál es

el objeto sobre el que estamos llamando la atención de nuestro interlocutor.

Si lo dicho hasta aquí es correcto, se hace necesaria una revisión de la tabla de entidades fregeanas que Orayen presenta en No. 3, p. 43 y una reforma del pensamiento de Frege en lo concerniente a los designadores de sentidos. Se podría admitir, por ejemplo, que el lenguaje natural dispone de al menos un functor especial (“el sentido de . . .”) que nos permite denotar un sentido sin sacarlo del reino de los sentidos, i.e. sin transformarlo en un objeto propiamente tal. Análogamente se podría sostener contra Frege que el functor “el concepto de . . .” nos permite hacer una predicación de segundo orden con la forma sintáctica de una predicación de primer orden. Con esta modificación “el concepto de caballo no es un concepto” dejaría de representar una paradoja y sería simplemente una proposición falsa porque no ha habido una transformación de un concepto en un objeto. Pero no es esta reseña el lugar oportuno para argumentar exhaustivamente en favor de esta posición.

La parte más interesante del trabajo de Orayen es sin duda su prueba de que el *Wertverlauf* no es un conjunto de pares ordenados. La claridad con que expone la paradoja de Russell es también altamente meritoria. Desgraciadamente las fallas tipográficas van directamente en detrimento del trabajo mismo: hay fórmulas importantes (e.g. No. 3, p. 25, fórmula 19; No. 3, p. 45) que aparecen impresas con graves errores. Tampoco es respetada la tradición alemana de escribir los sustantivos con mayúscula.

Por su rigor en la formulación y el cuidado puesto en la fundamentación de la verdad de lo que se afirma, estos cuadernos se destacan ampliamente en el medio intelectual latinoamericano.

Alfonso Gómez-Lobo

TIMOTHY BINKLEY. *Wittgenstein's Language*, The Hague: Martinus Nijhoff, 1973, págs. : 227 + IX.

El supuesto básico de este libro es que la obra filosófica de Wittgenstein se hace inteligible en grado máximo sólo a partir del entendimiento de su estilo literario, en otras palabras, que no transmite un mensaje disociado del modo cómo se expresa. Se divide en dos partes; la primera esboza ciertos temas que se hallan discutidos en las *Investigaciones filosóficas* (p. ej., la filosofía como terapia, la historia

natural y el lenguaje,¹ la gramática, la intersubjetividad, la filosofía de Wittgenstein como agrupación de recordatorios, el símil del lenguaje como ciudad) con el objetivo de esclarecer su intención. La segunda parte utiliza las conclusiones de la primera para lograr un mejor entendimiento de las ideas de Wittgenstein. El último capítulo discute la importancia del estudio del estilo de un autor como medio de entender mejor su pensamiento.

Las siguientes aseveraciones resumen las conclusiones de Binkley (a) El único principio unitario de las *Investigaciones filosóficas* es la contigüidad, es decir, lo único que enlaza los temas es su mutua proximidad en un mismo “paisaje conceptual” frase que no se halla explicada (p. 23). (b) El estilo de Wittgenstein es producto de su “distanciamiento”, puesto que nada afirma en torno a los problemas que trata, sino que sólo sugiere distintas perspectivas para su estudio. (c) Wittgenstein no ofrece teoría alguna sobre el lenguaje cotidiano: sus comentarios constituyen una exhortación para que imaginemos sus posibles usos. *De esta idea* el autor deduce que la imaginación juega un papel importante en las *Investigaciones*. (d) Los análisis gramaticales de Wittgenstein son metafóricos, en tanto comparan el lenguaje con ciertos modelos. (e) los diálogos que Wittgenstein sostiene con su interlocutor imaginario reflejan un “regreso a la inocencia”, pues exigen una franca confesión por parte de Wittgenstein y de sus lectores —todo, cree Binkley, con el objetivo de hacer que los últimos escapen de sus prisiones conceptuales. (f) Cuando Wittgenstein afirma que el significado de una palabra es su uso, quiere decir que la cultura es el trasfondo del lenguaje (p. 96); en consecuencia, la tarea de la filosofía es poner al descubierto el protofenómeno cultural que avala el lenguaje. (g) El propósito de las *Investigaciones* es liberar al lector de ciertas actitudes y de ciertas tentaciones relacionadas con el modo cómo entiende el lenguaje (p. 118), es decir, pretende que logre cierta condición espiritual que le haga inmune a ciertos desvaríos conceptuales. (h) La diferencia fundamental entre el *Tractatus* y las *Investigaciones* es que el primero es microscópico mientras que las segundas son estereoscópicas (p. 150) y polifónicas (p. 173). El autor no elabora esta comparación. (i) La actitud que hemos resumido en (e) es producto de la influencia que la lectura de San Agustín ha ejercido sobre Wittgenstein; la inocencia corresponde al uso natural del lenguaje (i.e., su uso no filosófico), mientras que la reflexión filosófica sólo conduce a la

¹ A pesar de que Binkley no lo afirma explícitamente, es de suponer que se basa en la sección 25 de las *Investigaciones*.

confusión. Las *Investigaciones* muestran el camino de la luz a ser recorrido por quien se halla confundido (p. 197). (j) La filosofía del lenguaje se asemeja a la filosofía del arte porque supone un estudio de los estilos y de los distintos modos de expresión del hombre.

En realidad, esta obra pone al lector en una posición muy difícil, pues para poder hacerle justicia habría que examinar cada una de sus conclusiones y poner de relieve, ya sea los errores cometidos al interpretar ciertos pasajes de las *Investigaciones*, ya las banalidades que ofrece a modo de conclusión. Baste, sin embargo, con destacar que el autor ha desatendido uno de los comentarios más importantes que Wittgenstein hace acerca de su estilo, a saber:

“El estilo de mis aseveraciones se halla influenciado por Frege de manera excepcional. Si así yo lo desease, podría destacar esta influencia aun allí donde no resultase obvio a primera vista”. (*Zettel*, ¶ 712.)

La ausencia de actitud crítica de Binkley salta a la vista cuando advertimos que, entre otros “olvidos”, no toma en consideración que las ideas contenidas en las *Investigaciones* tienen historia; que ciertas experiencias desagradables llevaron a Wittgenstein a redactar su libro de tal suerte que su originalidad resultase evidente; mucho menos se fija en la diferencia estilística que se dan entre las dos partes que componen las *Investigaciones*. En resumen, esta obra de Binkley— que fue presentada como tesis doctoral en la Universidad de Texas— es más bien una colección de sus reacciones ante el libro que ocupa su atención, no, como pretende, un análisis del estilo literario de Wittgenstein.

Carlos H. Soto

OTROS LIBROS RECIENTES

Plotini Opera, Tomus III, *Enneas VI*, ediderunt Paul Henry et Hans Rudolf Schwyzer, Museum Lessianum Series Philosophica XXXV, París — Bruxelles: Desclée de Brouwer / Leiden: Brill, 1973.

No puede sino causar alegría el ver completarse con este tomo la admirable edición de Plotino de Henry y Schwyzer. Los dos volúmenes anteriores habían aparecido respectivamente en 1951 (*Porphyrii Vita Plotini, Enneades I-III*) y 1959 (*Enneades IV-V*). El

segundo incluía en traducción inglesa de Godfrey Lewis las fuentes árabes para una parte de las Enéadas cuarta, quinta y sexta. El tomo tercero incluye el texto completo de la última Enéada con exhaustivo aparato de testimonios, fuentes y variantes, extensa bibliografía de las obras utilizadas en la edición de los tres tomos y un gran número de adiciones y correcciones a los volúmenes anteriores. Remata la edición un índice de nombres, un índice de palabras griegas que se encuentran por primera vez en Plotino, un índice de testimonios de incalculable valor para estudiar el conocimiento directo de las Enéadas en el pensamiento posterior y un índice de fuentes que ofrece un detallado concepto de la vasta utilización que hace Plotino de la tradición griega anterior a él. El texto mismo establecido en esta edición se ha convertido en la base de todo trabajo subsecuente. Baste recordar que los responsables de los *Oxford Classical Texts* han pedido a Henry y Schwyzer que publiquen en esa serie una *editio minor* de su texto y que A. H. Armstrong lo ha adoptado, con mínimas variantes, para la edición (con traducción inglesa) de la *Loeb Classical Library*. En resumen, tenemos en las manos el último volumen de una edición monumental, fruto de largos y penosos esfuerzos que recibirán el reconocimiento de todo el que estudie la postrera fase del pensamiento griego o los comienzos de la tradición cristiana.

A. G-L.

ANDREJ GREGORCZYK, *An Outline of Mathematical Logic*, Holland: D. Reidel Publishing Co., 1974, p. 585. Traducción del polaco de Olgierd Wojtasiewicz y Waclaw Zawadowski.

Esta obra se diferencia de muchos de los manuales de lógica publicados hasta la fecha por la tersura de su estilo, la gracia y la precisión de la explicación y por la riqueza del contenido. El autor expone sistemáticamente los fundamentos de la lógica matemática de tal suerte que, además de ser de utilidad para quienes desean una exposición completa de las demostraciones, es un libro cerrado, es decir, no remite a otras obras para complementar el material que trata. También ofrece una gran riqueza de aclaración intuitiva del significado de muchos de los teoremas, de suerte que resulta ser de interés para los principiantes.

En la "Introducción" el lector halla un análisis de las ideas fundamentales de la lógica, tales como dominio matemático, conjuntos (Zermelo), subdominios, isomorfismos, etc. El primer capítulo expone el cálculo de la lógica clásica (el cálculo sentencial y el cálculo predicativo de primer orden) tanto informal cuanto formalmente; también explica ciertas propiedades de esta región de la lógica, como, por ejemplo, los teoremas de las formas normales, de la extensionalidad de las fórmulas lógicas, de que la lógica no reconoce conceptos extralógicos. Los capítulos segundo y tercero explican dos dominios importantes, a saber, la teoría de los modelos y las jerarquías lógicas de los conceptos matemáticos. El primero pone al lector en contacto con la gran variedad de los mundos matemáticos posibles; el segundo le hace ver los grados de complejidad de los conceptos matemáticos. Contiene bibliografía; y concluye con una nota que reseña muy brevemente la historia de la lógica.

C.H.S.